

*Interpretar el fascismo.  
Notas sobre George L. Mosse,  
Zeev Sternhell y Emilio Gentile \**

*Enzo Traverso*  
Université de Picardie  
Jules Verne (Amiens)

*Resumen:* Se analizan críticamente las aportaciones de tres de los historiadores que han marcado el debate historiográfico sobre el fascismo en las últimas décadas: George L. Mosse, Zeev Sternhell y Emilio Gentile. El autor aborda algunos aspectos problemáticos de la interpretación del fascismo ofrecida por estos historiadores y reflexiona sobre la importancia que tuvieron el anticomunismo y la violencia en la configuración histórica del fascismo, cuestiones ambas desatendidas o relegadas a un segundo plano por las tres interpretaciones del fascismo incardinadas en la cultura, la ideología o las representaciones.

*Palabras clave:* fascismo, historiografía, George L. Mosse, Zeev Sternhell, Emilio Gentile

*Abstract:* Contributions by three of the most influential historians on the historiographic debate about fascism —George L. Mosse, Zeev Sternhell and Emilio Gentile— are reviewed. The author deals with some problematic issues of their understandings of fascism. He also reflects on the relevance that both anticomunism and violence had on fascism historic configuration. These two questions have been disregarded or pushed into the background by their interpretations of fascism integrated into culture, ideology or representations.

*Key words:* fascism, Historiography, George L. Mosse, Zeev Sternhell, Emilio Gentile

---

\* Traducción de Sara Prades Plaza (Universitat de València).

### Tres historiadores

A lo largo de las últimas décadas, la historiografía que estudia el fascismo ha conocido un desarrollo considerable, ampliando su campo de estudio, modificando sus paradigmas y abriendo nuevas líneas de investigación. Esta renovación se ha traducido, por una parte, en multitud de monografías sobre los diferentes contextos nacionales y, por otra, en varios ensayos que aspiran a comprender el fascismo como fenómeno de conjunto y a sintetizar sus rasgos esenciales en una definición general. Entre quienes más han contribuido a esta reviviscencia hay que destacar a George L. Mosse, Zeev Sternhell y Emilio Gentile. El primero ha centrado sus investigaciones en la Alemania nazi, el segundo en la Francia de la Tercera República y el tercero en la Italia de Mussolini, pero todos han circunscrito sus estudios en una perspectiva comparativa en la que el concepto de fascismo constituye el horizonte común. Indudablemente no estamos ante los únicos que han marcado el debate de estos últimos veinte años<sup>1</sup>, pero sí ante quienes han suscitado las discusiones más ricas.

El papel de pionero corresponde incontestablemente a Mosse, el mayor, recientemente fallecido y ya *canonizado* como uno de los grandes historiadores del siglo xx. Su aproximación a la historia contemporánea es el resultado de un itinerario bastante particular, bien reconstruido en sus memorias, aparecidas póstumamente<sup>2</sup>. Mosse nació con los inicios de la República de Weimar en el seno de una pujante familia del patriciado judío prusiano; su padre estaba a la cabeza de uno de los más importantes imperios periodísticos alemanes al que pertenecían editoriales y grandes periódicos. Junto a su familia, el joven Mosse hubo de abandonar Alemania en 1933, siguiendo sus estudios primero en Gran Bretaña, en Cambridge, y después

<sup>1</sup> EATWELL, R.: «Towards a New Model of Generic Fascism», *Journal of Theoretical Politics*, IV, 1 (1992), pp. 1-68; GRIFFIN, R.: *The Nature of Fascism*, Londres, Routledge, 1993; PAXTON, R. O.: *Le fascisme en action*, París, Seuil, 2004; PAYNE, S. G.: *Fascism: Comparison and Definition*, Madison, University of Wisconsin Press, 1980 (*El Fascismo*, Madrid, Alianza, 1982), id.: *A History of Fascism 1914-1945*, Londres, UCL, 1995 (obra dedicada a George Mosse, en la que el autor afirma su proximidad a Mosse, De Felice y Gentile, p. xiii); SAZ CAMPOS, I.: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

<sup>2</sup> MOSSE, G. L.: *Confronting History. A Memoir*, Madison, University of Wisconsin Press, 2000.

en los Estados Unidos, en Harvard, donde se instaló en 1939. Después de haber dedicado una tesis a la historia de la Reforma, resultado de una profunda sensibilidad por los fenómenos de religiosidad política, se orientó hacia el estudio del fascismo y del nazismo, sobre los que escribirá numerosas obras. Llevó a cabo la mayor parte de su carrera en la Universidad de Wisconsin, Madison, una de las más liberales del mundo académico americano. Vivió el fin de Weimar y el desarrollo del nazismo, el apogeo y la desaparición del judaísmo alemán, el antifascismo de los años treinta, la guerra, el maccartismo en los Estados Unidos de los años cincuenta y finalmente la efervescente atmósfera universitaria en los años sesenta. Judío y homosexual, se servía de su propio bagaje de recuerdos y experiencias al escribir sobre el problema de la respetabilidad burguesa, sobre la compleja relación entre nacionalismo y sexualidad, entre norma y alteridad, entre nacionalismo y vanguardia artística, así como sobre la imagen del cuerpo en la estética fascista.

Pertencientes a generaciones posteriores, Sternhell y Gentile vivieron distintas experiencias formativas. El primero, ciudadano israelí de origen judeo-polaco, profesor de historia en la Universidad de Jerusalén, es descendiente de la tradición francesa de historia del pensamiento político marcada por su estancia en el Instituto de Estudios Políticos de París. Aunque se haya distanciado de esta tradición, haciendo de este hecho el principal blanco de sus críticas, ha erigido una obra que lleva la impronta de una historia de las ideas políticas de factura más bien clásica, impermeable a las contaminaciones de la antropología y de la historia social y cultural. En cuanto a Gentile, ha sido discípulo del principal biógrafo de Mussolini e historiador italiano del fascismo, Renzo De Felice, de quien reconoce su filiación intelectual<sup>3</sup>. Sin embargo, se ha alejado de su maestro al prestar una menor atención a la biografía del fundador del fascismo y al orientar principalmente sus trabajos hacia la historia cultural. Hasta tal punto que sus afinidades metodológicas con Mosse se muestran hoy mucho más evidentes que las que comparte con su maestro italiano<sup>4</sup>. Pero De Felice sigue siendo el vínculo entre

<sup>3</sup> GENTILE, E., y DE FELICE, R.: *Lo storico e il personaggio*, Roma-Bari, Laterza, 2003.

<sup>4</sup> Gentile reconoce que en el punto de vista de Mosse tiene «su mayor deuda» (*Il culto del littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista*, Roma-Bari, Laterza, 1993).

ambos. De Felice y Mosse eran dos historiadores diferentes en muchos aspectos. Diez años menor, De Felice se formó en la escuela historicista de Delio Cantimori y Federico Chabord, no descubriendo la obra de su colega americano hasta bien tarde, cuando ya había empezado su investigación sobre Mussolini. Su aproximación al fascismo privilegió la historia política e institucional respecto de la cultura y la estética, que contrariamente fueron el centro de atención de Mosse. A pesar de estas diferencias, el biógrafo del Duce no ocultaba su admiración por su colega americano, en quien encontraba la sistematización de varias de sus intuiciones y de ciertos resultados de su investigación. Los trabajos de Mosse le ayudaron a precisar su visión del fascismo como fenómeno de naturaleza moderna y *revolucionaria*, a observar en la *nacionalización de las masas* la fuente del consenso popular en el régimen de Mussolini y finalmente a rastrear los orígenes del fascismo en una tradición de izquierdas de matriz jacobina<sup>5</sup>. Por su parte, De Felice contribuyó enormemente a la difusión de la obra de Mosse en Italia, país en el que encontró su mayor repercusión fuera de los Estados Unidos (y, en menor medida, en Alemania). Mosse, por otra parte, veía en el biógrafo de Mussolini a un investigador que había aplicado sistemáticamente en sus trabajos un método próximo al suyo, consistente en estudiar el fascismo *desde el interior*, tomando en consideración a sus hombres, sus ideas, su cultura y su *autorrepresentación*, sin ser filtrados por un punto de vista exterior, generalmente el del antifascismo<sup>6</sup>. En cierta manera, De Felice es el vínculo que une a los tres historiadores que centran este estudio. Ya en 1983, éste señalaba a Mosse, Sternhell y Gentile, junto al sociólogo italo-argentino Gino Germani, como los investigadores que habían aportado las contribuciones más importantes y novedosas al análisis del fascismo desde el final de los años sesenta<sup>7</sup>. En cuanto a Sternhell, ha reconocido recientemente sus afinidades con los «herederos italianos de Renzo De Felice», Pier

<sup>5</sup> DE FELICE, R.: «Prefazione» (1983), en *Le interpretazioni del fascismo*, Roma-Bari, Laterza, 1995, pp. VII-XXV; así como la introducción de De Felice a la edición italiana de MOSSE, G. L.: *La nazionalizzazione delle masse. Simbolismo politico e movimenti di massa in Germania (1815-1933)*, Bologna, Il Mulino, 1975, pp. 7-18.

<sup>6</sup> MOSSE, G. L., «Renzo De Felice e il revisionismo storico», *Nuova Antologia*, 2.206 (1998), pp. 177-186, especialmente, p. 185.

<sup>7</sup> DE FELICE, R.: «Prefazione» (1983), en *Le interpretazioni del fascismo...*, op. cit., p. IX.

Giorgio Zunino y Emilio Gentile, para quienes «la explicación del fascismo italiano reside en primer lugar en la ideología y la cultura»<sup>8</sup>.

### Mosse y Gentile: la cultura fascista

¿Qué es el fascismo para nuestros historiadores? Si cada uno ha aportado una respuesta, todos comparten una definición centrada en varias características esenciales: el fascismo fue a la vez una revolución, una ideología, una visión del mundo y una cultura. Una revolución, puesto que quería crear una nueva sociedad. Una ideología, porque había reformulado el nacionalismo desde una perspectiva que, después de haber rechazado el marxismo, se oponía tanto al conservadurismo como al liberalismo, buscando una nueva vía. Una visión del mundo, ya que quería crear un *hombre nuevo* y porque se presentaba como el destino providencial de la nación. Y una cultura, dado que su proyecto se inscribía en las prácticas sociales que aspiraban a transformar el imaginario colectivo, modificar los estilos de vida, suprimir toda división entre vida privada y vida pública. Se trata, por lo antes enunciado, de una «revolución de derechas»<sup>9</sup>, basada en un proyecto de reorganización global de la sociedad, si no de construcción de una civilización nueva, cuyo motor residía en las capas medias y cuyo presupuesto era la búsqueda de una alternativa tanto al liberalismo como al socialismo<sup>10</sup>. Dicho de otra manera, una revolución a la vez antiliberal, antimarxista, *espiritual* y «comunitaria»<sup>11</sup>.

<sup>8</sup> STERNHELL, Z.: «Morphologie et historiographie du fascisme en France», prefacio a la tercera edición de *Ni droite ni gauche. L'idéologie fasciste en France*, París, Fayard, 2000, p. 49.

<sup>9</sup> GENTILE, E.: *Il fascismo. Storia e interpretazione*, Roma-Bari, Laterza, 2002, p. 95 (*Fascismo. Historia e interpretación*, Madrid, Alianza, 2004).

<sup>10</sup> MOSSE, G. L.: *The Fascist Revolution. Toward a General Theory of Fascism*, Nueva York, Howard Fertig, 1999, p. 42; STERNHELL, Z.: «Le concept de fascisme», en STERNHELL, Z.; SZNAJDER, M., y ASHÉRI, M.: *Naissance de l'idéologie fasciste*, París, Fayard, 1989 (reed. París, Folio-Gallimard, 1994, pp. 23-24) (*El nacimiento de la ideología fascista*, Madrid, Siglo XXI, 1994).

<sup>11</sup> STERNHELL, Z.: *Ni droite ni gauche. L'idéologie fasciste en France*, París, Seuil, 1983, pp. 273-274. La versión más radical de la tesis del carácter revolucionario del fascismo es la de A. James Gregor, para quien el fascismo, y no el comunismo, fue la verdadera revolución del siglo XX, por su ideología, técnica propagandística y política de modernización (*The Fascist Persuasion in Radical Politics*, Princeton, Princeton University Press, 1974).

Durante mucho tiempo, la historiografía ha defendido una visión del fascismo como magma ecléctico compuesto de materiales de recuperación, capaz de definirse solamente *en negativo* en tanto que anti-liberal, anticomunista, anti-democrático, antisemita, anti-ilustrado, pero absolutamente incapaz de producir una cultura original y armónica. Según Norberto Bobbio, la coherencia ideológica del fascismo no era más que aparente y tendía a la fusión de sus negaciones con otros valores heredados de una tradición autoritaria y conservadora que no tenía nada de moderna y aún menos de revolucionaria: orden, jerarquía, obediencia<sup>12</sup>.

Contrariamente a esta visión, nuestros historiadores destacan la coherencia del proyecto fascista, que efectivamente se apropió de varios elementos preexistentes, pero que consiguió fundirlos en una síntesis nueva. Disueltos en el *maelstrom* fascista, los valores conservadores cambiaban sus códigos y resurgían cargados de una connotación inédita, eminentemente moderna. El darwinismo social transformaba la idea organicista de comunidad heredada del Antiguo Régimen en una visión monolítica de la nación, fundada sobre la raza proveniente de un proceso de selección natural. El militarismo y el imperialismo mutaron el rechazo de la democracia y de la legalidad en culto al orden nacional y racial, el rechazo del individualismo en adoración a la masa, el ideal caballeresco de coraje en culto vitalista e irracional al combate, la idea de fuerza en proyecto de conquista y de dominación, el principio de autoridad en visión totalitaria del mundo.

Los componentes del fascismo eran indudablemente discrepantes. Encontramos en primer lugar un impulso romántico, es decir, una mística nacional que idealiza tradiciones antiguas, a menudo fabricando con diversas piezas un pasado mítico. La cultura fascista exalta la acción, la virilidad, la juventud, el combate, convirtiéndolos en cierta imagen del cuerpo, en unos gestos, unos emblemas, unos símbolos que deberían redefinir la identidad de la comunidad nacional. Todos estos valores exigen su antítesis, que se vierte en una multiplicidad de figuras de la alteridad: la alteridad de *género* de los homosexuales y de las mujeres que no aceptan su posición subalterna; la alteridad física de los disminuidos; la alteridad social de los criminales; la alteridad política de los anarquistas, comunistas y sub-

<sup>12</sup> BOBBIO, N.: «L'ideologia del fascismo» (1975), en *Dal fascismo alla democrazia. I regimi, le ideologie, le figure e le culture politiche*, Milán, Baldini & Castoldi, 1997, pp. 61-98.

versivos; la alteridad racial de los judíos. Todos portan los estigmas, en el cuerpo y en el espíritu, de una *degeneración* que simboliza la antítesis de la normalidad burguesa, tanto física como estética y moral. El intelectual que vive en la ciudad, lejos de la naturaleza, que no practica ningún deporte, que no cuida su cuerpo y que piensa en lugar de actuar encarna la enfermedad y la decadencia, a las que se oponen el vigor físico, el coraje, el desprecio del miedo y la ética guerrera del *hombre nuevo* fascista. No hace falta decir que el judío encarna como *tipo ideal* (en el sentido weberiano) este conjunto de rasgos negativos. Judaísmo, homosexualidad y feminidad son las figuras negativas por excelencia que permiten a la estética fascista elaborar sus mitos positivos de virilidad, salud e higiene física y moral<sup>13</sup>. Pero la estigmatización burguesa de la homosexualidad coexiste en el fascismo con un imaginario erótico heredado del *Männerbund* (la comunidad masculina de los movimientos de juventud alemanes anteriores a 1914) e inspira unos modelos estéticos de origen griego codificados por Wincklemann en el neoclasicismo desde finales del siglo XVIII<sup>14</sup>. Varios escritores —desde Pierre Drieu La Rochelle a Robert Brasillach, desde Julius Evola a Ernst Jünger— serán fuertemente atraídos por esta mezcla singular de moral conservadora, ideología represiva e imaginario transgresivo<sup>15</sup>.

Gracias al eugenismo y a la ideología racial, el nazismo había transformado los estereotipos negativos de la alteridad en categorías médicas. «El concepto de raza —escribe Mosse apoyándose en los trabajos de Sander Gilman— concernía en un principio a los judíos, pero la transformación de los *outsiders* en casos médicos los situó claramente fuera de las reglas sociales. Los enfermos mentales, los criminales ordinarios, los homosexuales y los judíos estaban aún más anclados a sus supuestas anormalidades al introducirse la noción de enfermedad»<sup>16</sup>. Mosse tendía, sin embargo, a asimilar las diferentes

<sup>13</sup> MOSSE, G. L.: *Nationalism and Sexuality: Respectability and Abnormal Sexuality in Modern Europe*, Nueva York, Howard Fertig, 1985, cap. VII; *id.*: *The Image of Man: The Creation of Modern Masculinity*, Nueva York, Oxford University Press, 1996, cap. VIII (*La imagen del hombre. La creación de la moderna masculinidad*, Madrid, Talasa, 2000).

<sup>14</sup> MOSSE, G. L.: *The Fascist Revolution...*, *op. cit.*, cap. X, especialmente p. 188.

<sup>15</sup> *Ibid.*, cap. IX, pp. 175-182.

<sup>16</sup> MOSSE, G. L.: «Bookburning and Betrayal by the German Intellectuals», *Confronting the Nation. Jewish and Western Nationalism*, Hannover NH, Brandeis University Press, 1993, p. 111.

formas de alteridad olvidando que, en la visión del mundo nazi, las figuras del judío y del homosexual no eran intercambiables. El homosexual estaba estigmatizado a causa de su *desviación*, y por lo tanto por su comportamiento; el judío a causa de su esencia. El uno debía ser *reeducado* o *corregido*, el otro exterminado<sup>17</sup>. Si el fascismo había heredado de la sociedad burguesa del siglo XIX una idea normativa de respetabilidad, Gentile tiene razón al recordar que la «respetabilidad en traje civil» no es la misma que la «respetabilidad en uniforme»<sup>18</sup>.

Paradójicamente, este impulso romántico coexistió en el fascismo con un culto a la modernidad técnica excelentemente ilustrado por la celebración de la rapidez en los futuristas y por el *romanticismo de acero* de Joseph Goebbels, que quería unir la belleza natural de los bosques germánicos con la potencia industrial de las fábricas Krupp. Se encuentran ahí todos los elementos de una metamorfosis del *pesimismo cultural* del fin del siglo XIX, inspirado en un profundo rechazo de la tradición de la Ilustración y demoledor de la modernidad identificada con la decadencia, en *modernismo reaccionario*<sup>19</sup>, capaz de reactivar todos los valores de la tradición conservadora en una lucha por la regeneración nacional con los medios del imperialismo y del Estado totalitario. Pero la noción de modernismo reaccionario refiere en exceso a la base ideológica heterogénea, si no abiertamente ecléctica, del fascismo, para merecer la aprobación de nuestros autores. Ellos no atribuyen ningún carácter *reaccionario* al fascismo, que constituye a sus ojos un fenómeno enteramente revolucionario. Para Gentile, el concepto de «modernismo fascista» o de «modernismo totalitario» sería más apropiado<sup>20</sup>.

Todos los elementos constitutivos del fascismo se injertan en la rama del nacionalismo, que, en la sociedad de masas, conoce una transformación cualitativa ampliando sus bases, modificando su len-

<sup>17</sup> Cfr. FRIEDLÄNDER, S.: «Mosse's Influence on the Historiography of the Holocaust», en PAYNE, S. G.; SORKIN, D., y TORTORICE, J. S. (eds.): *What History Tells. George L. Mosse and the Culture of Modern Europe*, Madison, The University of Wisconsin Press, 2004, pp. 144-145.

<sup>18</sup> Véase GENTILE, E.: «A Provisional Dwelling. The Origin and Development of the Concept of Fascism in Mosse's Historiography», en *What History Tells...*, *op. cit.*, p. 101.

<sup>19</sup> Véase HERF, J.: *Reactionary Modernism. Technology, Politics and Culture in Weimar and the Third Reich*, Nueva York, Cambridge University Press, 1984.

<sup>20</sup> GENTILE, E.: *Il fascismo...*, *op. cit.*, cap. XI, pp. 265-306.



guaje y reclutando a sus jefes en el seno de las capas populares. El Führer y el Duce no son ya políticos de origen aristocrático, sino plebeyos que, extraños a las vías tradicionales de formación de las élites dominantes, han descubierto su vocación política en las calles, en contacto con las masas, a partir de crisis precedentes o ulteriores al primer conflicto mundial. Esta metamorfosis se concluye en efecto al día siguiente de la Gran Guerra, cuando el fascismo intenta introducir en la lucha política el lenguaje y los métodos de combate experimentados en las trincheras. Como gran punto de inflexión que marca una verdadera mutación antropológica en el corazón de Europa, la guerra total había banalizado la violencia y *brutalizado* a las sociedades acostumbrándolas a la masacre industrial y a la muerte anónima de masa<sup>21</sup>. En tanto que movimiento político nacionalista, el fascismo es consecuencia de esta conmoción traumática. Mosse presenta el fascismo como hijo de la *nacionalización de masas*<sup>22</sup>, poderosamente acelerada durante la guerra, en una época en la que la derecha chovinista suscitaba su movilización, infundiéndoles la ilusión de convertirse en actores y ya no, como en el caso de las sociedades liberales anteriores a 1914, en espectadores pasivos de la política.

La nacionalización de las masas se expresaba en un conjunto de ritos colectivos —manifestaciones patrióticas, culto a los mártires, celebración de fiestas nacionales, monumentos, banderas e himnos— que se llevaban a cabo en la liturgia de las grandes kermeses fascistas y nazis, en el discurso de Mussolini en la Piazza Venecia de Roma y de Hitler en el estadio Zeppelin de Nuremberg. Dicho de otra manera, el fascismo convertido en régimen ilustraba de manera elocuente un fenómeno típico de la modernidad: la transformación del nacionalismo en *religión civil*<sup>23</sup>. Se trata de una tendencia cuyos orígenes Mosse remonta a la Revolución Francesa, con su nueva visión de lo sagrado identificado con las instituciones seculares (la República), con su fe en la nación, celebrada con fiestas colectivas que reproducían rituales de tipo religioso, y con la búsqueda de un estilo

<sup>21</sup> MOSSE, G. L.: *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*, Nueva York, Oxford University Press, 1990, caps. VII-VIII, pp. 126-180.

<sup>22</sup> MOSSE, G. L.: *The Nationalization of the Masses. Political Symbolism and the Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich*, Nueva York, Howard Fertig, 1974 (*La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las guerras napoleónicas al Tercer Reich*, Madrid, Marcial Pons, 2005).

<sup>23</sup> *Ibid.*, cap. I; *id.*: *The Fascist Revolution...*, *op. cit.*, pp. XVII-XVIII, 45.

que inventa una nueva relación entre estética y política. En este sentido, ve en el fascismo a «un descendiente directo del estilo político jacobino»<sup>24</sup>. La conmemoración de los muertos en la primera guerra mundial será el equivalente para el fascismo de las fiestas revolucionarias de la Revolución Francesa. En la línea del jacobinismo, el fascismo habría también heredado las prácticas de cierta tradición socialista. Con su encuadramiento y su movilización de las masas a través de potentes organizaciones populares (no solamente políticas y sindicales, sino también deportivas, culturales, juveniles, etc.), los socialdemócratas alemanes habían hecho del socialismo una forma de religión, erigida en torno a símbolos como la bandera roja y rituales como las manifestaciones del primero de mayo, con su coreografía y sus himnos. Indudablemente, la diferencia esencial entre el socialismo y el fascismo residía en el hecho de que, en el primero, la dimensión religiosa tenía un contrapeso en el fuerte anclaje en el racionalismo de la Ilustración y en la concepción de la emancipación proletaria totalmente opuesta al populismo fascista. Pero esta diferencia no impedía al socialismo, en opinión de Mosse, ejercer una influencia considerable sobre el fascismo en tanto que modelo del que se podían reproducir algunos aspectos dándoles un contenido nuevo<sup>25</sup>.

Este punto de vista no se identifica del todo con aquel, elaborado a partir de los años treinta y cuarenta por Eric Voegelin y Raymond Aron, que interpreta el nazismo y el comunismo como dos distintas «religiones seculares» de la modernidad, compartiendo el mismo rechazo del liberalismo y nutriéndose de las mismas aspiraciones escatológicas<sup>26</sup>. Si el fascismo presenta una dimensión religiosa suscitando en sus discípulos una adhesión fundada principalmente sobre la creencia más que sobre la convicción racional, Mosse profundiza en el estilo, las prácticas y las representaciones, atribuyendo una importancia menor a sus contenidos ideológicos. Inspirándose en Mosse, Gentile ha definido este talante como «una sacralización de la polí-

<sup>24</sup> MOSSE, G. L., *The Nationalization of the Masses...*, op. cit., cap. I; id.: *The Fascist Revolution...*, op. cit., p. 7.

<sup>25</sup> MOSSE, G. L.: *The Nationalization of the Masses...*, op. cit., cap. VII.

<sup>26</sup> VOEGELIN, E.: *Die politische Religionen* (1938), Múnich, Fink, 1996; ARON, R.: «L'avenir des religions séculières», *Chroniques de guerre. La France libre 1940-1945*, París, Gallimard, 1990, pp. 925-948. Sobre este concepto, véase principalmente GENTILE, E.: *Le religioni della politica. Fra democrazie e totalitarismi*, Roma-Bari, Laterza, 2001.

tica». Ha analizado en profundidad la simbología del fascismo: la porra como herramienta de una política purificante y regeneradora; la llamada a las conmemoraciones de los mártires, los *squadristi* caídos en combate, el *fascio littorio*, símbolo de unión; sin olvidar la sacralización de la nación mediante el mito de la loba fundadora de Roma<sup>27</sup>. Ha demostrado, sobre todo, hasta qué punto el propio fascismo era consciente de su dimensión religiosa, abiertamente reivindicada por Mussolini en un ensayo escrito en colaboración con Giovanni Gentile para la *Enciclopedia italiana*<sup>28</sup>. Desde 1922, el diario de Mussolini, *Il popolo d'Italia*, comparaba el fascismo con el cristianismo al percibir en los dos tanto «una fe civil y política» como «una religión, una milicia, una disciplina del espíritu»<sup>29</sup>. En la misma línea que Jean-Pierre Sironneau, Emilio Gentile señala en el fascismo la estructura típica de una religión articulada en torno a cuatro dimensiones esenciales: la fe, el mito, el rito y la comunión<sup>30</sup>. Para aprehender la liturgia política del fascismo, la noción de «religión civil» sería, en su opinión, mucho más pertinente que la de *estetización de la política* (elaborada por Walter Benjamin en 1935, analizando los escritos de Ernst Jünger y Filippo Tommaso Marinetti<sup>31</sup>, y después utilizada por Mosse). Gentile encuentra esta definición insatisfactoria, señalando que, en el fascismo, la estetización de la política era totalmente indisoluble de una *politización de la estética*, en la que las diferentes manifestaciones estaban sometidas a los dogmas de una ideología y sostenidas por la fuerza de una fe<sup>32</sup>. Esto no imposibilita que la movilización de las masas ligada a los rituales de la *religión* fascista apuntara a transformarlas en sujetos históricos, pero sobre todo a reducirlas, como escribió Siegfried Kracauer desde 1936, a

<sup>27</sup> GENTILE, E.: *Il culto del littorio...*, op. cit., pp. 43, 47, 53.

<sup>28</sup> Mussolini definía el fascismo como «una concepción religiosa» (MUSSOLINI, B.: «La dottrina del fascismo», en *Il fascismo nella Treccani*, Milán, Terziaria, 1997, p. 3). Véase GENTILE, E.: *Il culto del littorio...*, op. cit., p. 103.

<sup>29</sup> Cit. en *ibid.*, p. 95.

<sup>30</sup> GENTILE, E.: *Il fascismo...*, op. cit., p. 208. La referencia es de SIRONNEAU, J.-P.: *Sécularisation et religions politiques*, La Haya, Mouton, 1982.

<sup>31</sup> BENJAMIN, W.: «Das Kunstwerk im Zeitalter seiner technischen Reproduzierbarkeit» (1935), en *Illuminationen. Ausgewählte Schriften*, Frankfurt-M, Suhrkamp, 1977, pp. 168-169. MOSSE retoma la definición de Benjamin en *The Nationalization of the Masses...*, op. cit., cap. II.

<sup>32</sup> GENTILE, E.: *Il fascismo...*, op. cit., pp. 284-285.

pura «forma ornamental»<sup>33</sup>. No tener en cuenta este aspecto significa, una vez más, caer en la ilusión óptica que consiste en identificar el fascismo con su autorrepresentación.

A pesar de su parecido genético, Mosse no se inscribe en la corriente historiográfica —cuyo iniciador fue Jacob L. Talmon y último representante François Furet<sup>34</sup>— que percibe el fascismo y el comunismo como dos gemelos totalitarios, aunque acepte reconocer la matriz común en el jacobinismo. Las diferencias entre fascismo y comunismo son tales que no acepta agruparlos en una categoría común, adoptando una definición que se detiene en el único rasgo compartido: el antiliberalismo<sup>35</sup>. En realidad, la continuidad que existe entre jacobinismo y fascismo no concierne a la ideología, se limita al estilo político y a la sacralización de la nación<sup>36</sup>. La asimilación de fascismo y comunismo en una misma naturaleza es rechazada también por Gentile, que subraya la antítesis radical entre el nacionalismo del primero y el internacionalismo del segundo, una oposición que aleja en su opinión todo *fundamento histórico* a la visión de una pretendida afinidad genética entre ambos<sup>37</sup>. En cuanto a Sternhell, éste no cree en la tesis de François Furet que postula una «complicidad entre comunismo y fascismo». Más allá de sus afinidades superficiales, piensa él, los dos «poseían una concepción totalmente opuesta del hombre y de la sociedad». Los dos perseguían fines revolucionarios, pero sus revoluciones eran opuestas: la una económica y social, la otra «cultural, moral, psicológica y política», encaminada a cambiar la civilización pero indudablemente no a destruir el capitalismo<sup>38</sup>.

<sup>33</sup> KRACAUER, S.: «Masse und Propagande», en BELKE, I., y RENZ, I. (eds.): *Siegfried Kracauer 1889-1966*, Marbach am Neckar, Deutsche Schillergesellschaft, 1989 (*Marbacher Magazin*, 47), p. 88. Véase también, en la línea de Kracauer, REICHEL, P.: *Der schöne Schein des Dritten Reiches*, Múnich, Hanser, 1991.

<sup>34</sup> TALMON, J. L.: *The Origins of Totalitarian Democracy*, Londres, Seecker & Warburg, 1952 (*Los orígenes de la democracia totalitaria*, México, Aguilar, 1956); FURET, F.: *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XX<sup>e</sup> siècle*, París, Robert Laffont-Calmann-Lévy, 1995 (*El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, México, FCE, 1996).

<sup>35</sup> MOSSE, G. L.: *Intervista sul nazismo*, Roma-Bari, Laterza, 1977, p. 77.

<sup>36</sup> MOSSE, G. L.: «Political Style and Political Theory: Totalitarian Democracy Revisited» (1984), en *Confronting the Nation...*, *op. cit.*, pp. 60-69, especialmente p. 65.

<sup>37</sup> GENTILE, E.: *Il fascismo...*, *op. cit.*, p. 57.

<sup>38</sup> STERNHELL, Z.: «Le fascisme, ce "mal du siècle"», en DOBRY, M. (ed.): *Le mythe de l'allergie française au fascisme*, París, Albin Michel, 2003, p. 405.

Esta diferencia radical remite a la relación antagónica que comunismo y fascismo mantienen con la tradición ilustrada, de la que el primero se declaraba heredero mientras que el segundo enterrador. «El comunismo —escribe Sternhell— atacó al capitalismo y a su expresión política, el liberalismo; el fascismo, a la Ilustración»<sup>39</sup>.

### Los límites de una historia cultural del fascismo

Vamos a abordar ahora algunos aspectos problemáticos de las interpretaciones del fascismo elaboradas por nuestros tres historiadores. Mosse considera la historia cultural como un dominio mucho más extenso que la historia tradicional de las ideas, tal y como él la había descubierto a su llegada a los Estados Unidos (representada por el *Journal of the History of Ideas* de Arthur Lovejoy, en el que debía colaborar). Para comprender el fascismo, piensa Mosse, la historia de las ideas y de la política no es suficiente. Se deben tener en cuenta también sus representaciones, sus prácticas y su capacidad para canalizar los sentimientos populares. Un imaginario colectivo ha encontrado en el fascismo un hogar, un espejo, un amplificador y una válvula de escape. Desde esta perspectiva que privilegia los aspectos culturales y antropológicos de la economía y la sociedad, de las ideologías e instituciones, la historiografía tradicional del fascismo y del nazismo, completamente orientada a la dimensión política de los regímenes, puede tranquilamente ser ignorada. El estudio de las prácticas simbólicas inspirado por Ernst Cassirer, Aby Warburg y Ernst Kantorowicz parece más fructífero<sup>40</sup>. Indudablemente esta línea de análisis ganó fuerza con la obra de Mosse, que renovó la interpretación del fascismo tomando en serio su lenguaje y sus mitos<sup>41</sup>. Pero esta aproximación también muestra, tal y como pasan los años, todas sus debilidades, desembocando en una historia cultural que

<sup>39</sup> STERNHELL, Z.: «Morphologie et historiographie du fascisme en France», *op. cit.*, p. 106.

<sup>40</sup> Véase la introducción de MOSSE, G. L.: *Masses and Man. Nationalist and Fascist Perceptions of Reality*, Nueva York, Howard Fertig, 1980.

<sup>41</sup> MOSSE, G. L.: *The Fascist Revolution...*, *op. cit.*, pp. XI-XII. Véase a este respecto DRESCHER, S.; SABEAN, D., y SHALIN A.: «George Mosse and Political Symbolism», introducción a DRESCHER, S.; SABEAN, D., y SHALIN, A. (comps): *Political Symbolism in Modern Europe. Essays in Honor of George Mosse*, Londres, Transaction Books Nueva Brunswick, 1982, pp. 1-19.

subestima a menudo la importancia de las ideologías, sustituyendo a la historia intelectual y a la historia social en lugar de integrarlas. En su primera gran obra, *The Crisis of German Ideology* (1964), Mosse se dedicó a la búsqueda de las raíces del nazismo que encontró en un vasto y multiforme movimiento cultural específicamente alemán: el nacionalismo *völkisch*. Estudió el nacimiento de la idea alemana de *Volk* en el seno del neorromanticismo, después su *institucionalización* entre el último cuarto del siglo XIX y la primera guerra mundial, tanto en el mundo académico como en los movimientos de juventud, para analizar, finalmente, su triunfo en el nacional-socialismo después de 1918<sup>42</sup>. El rasgo sobresaliente de esta ideología *völkisch* le pareció entonces que se encontraba en el rechazo de la Ilustración. Su interpretación del nazismo se presentaba aún como una versión nueva, más orientada hacia la antropología y la cultura que hacia la política, de la teoría del *Sonderweg* alemán<sup>43</sup>. Ciertamente, ésta era una versión más sofisticada y admirablemente argumentada sobre el plano cultural, pero no cualitativamente distinta del diagnóstico aparecido después de la guerra, cuando se empezaba a interpretar el camino del Reich Guillermino hacia la modernidad como un distanciamiento en relación con un pretendido modelo occidental encarnado por la Revolución Francesa y el liberalismo británico<sup>44</sup>.

A partir de los años setenta, por contraposición, Mosse empezó a explorar —quizás bajo la influencia de la Escuela de Frankfurt— el lado oscuro del *Aufklärung*, del que mostró la dialéctica negativa no como filósofo sino como historiador de la cultura<sup>45</sup>. A medida que el nacionalismo absorbía el conformismo burgués, el ideal de

<sup>42</sup> MOSSE, G. L.: *The Crisis of German Ideology: Intellectual Origins of the Third Reich*, Nueva York, Grosset & Dunlap, 1964.

<sup>43</sup> Sobre la trayectoria intelectual de Mosse, véanse las notas aclaratorias de ASCHHEIM, S. E.: «George L. Mosse at 80: A Critical Laudatio», *Journal of Contemporary History*, 34/2 (1999), pp. 295-312, especialmente p. 298.

<sup>44</sup> Para una reconstrucción del debate sobre el *Sonderweg* alemán, BLACKBURN, D., y ELEY, G.: *The Peculiarities of German History. Bourgeois Society and Politics in Nineteenth Century Germany*, Oxford, Oxford University Press, 1984. Una aportación más reciente en FINCHLSTEIN, F.: «Revisitando el *Sonderweg* alemán. Los historiadores, la tradición de la derecha y la ruta histórica de Bismarck a Hitler», en GELL, P. (ed.): *La derecha política en la historia europea contemporánea*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

<sup>45</sup> MOSSE, G. L.: *Toward the Final Solution. A History of European Racism*, Nueva York, Howard Fertig, 1978, cap. I. Este aspecto también se destaca en ASCHHEIM, S. E.: «George L. Mosse at 80», *op. cit.*, p. 308.

*Bildung* —la educación, la cultura y el autoperfeccionamiento concebidos como valores universales heredados de la Ilustración— era relegado al campo de los *outsiders*, tomando una connotación cada vez más judía. La distancia que el nacionalismo marcó entre su apropiación de la respetabilidad burguesa (*Sittlichkeit*) y la *Bildung* judía levantaba dudas en cuanto a la capacidad del liberalismo de oponerse al ascenso del fascismo<sup>46</sup>. El nacionalismo moderno había nacido de la Revolución Francesa, y su encuentro con la sociedad de masas, al final del siglo XIX, había plantado las bases para el nacimiento del fascismo después de la ruptura de 1914. Así, el fascismo encarnaba el rechazo de un cierto legado filosófico y cultural de la Ilustración (el ideal de *Bildung*) pero, al mismo tiempo, prolongaba y radicalizaba otros rasgos constitutivos (la nacionalización de las masas). Los mitos, los símbolos y la estética —vectores esenciales de la *nacionalización de las masas*— tomaron, pues, una importancia preponderante en los trabajos de Mosse, en detrimento de otros componentes fundadores del fascismo<sup>47</sup>. Éste heredó sin duda el estilo político del jacobinismo, que está en el origen de la transformación del nacionalismo en *religión civil*, pero su ideología y su visión del mundo son forjadas en conflicto radical con la filosofía de la Ilustración y con todos los valores —libertad, igualdad, Derechos del Hombre— proclamados por la Revolución Francesa. Mosse era conciente de eso, pero también es cierto que sus trabajos no toman en consideración todas las consecuencias de esta constatación.

### Sternhell: la ideología fascista

En este punto de vista los trabajos de Zeev Sternhell contribuyen a reequilibrar las perspectivas. Al privilegiar la historia de las ideas, percibe el núcleo del fascismo en la antiilustración: «un rechazo total de la visión del hombre y de la sociedad elaborada desde Hobbes

<sup>46</sup> MOSSE, G. L.: «Jewish Emancipation: Between *Bildung* and Respectability» (1985), *Confronting the Nation...*, *op. cit.*, pp. 131-145.

<sup>47</sup> WINTER, J.: «De l'histoire intellectuelle à l'histoire culturelle: la contribution de George L. Mosse», *Annales*, a. 56, 1 (2001), pp. 177-181. Ésta es también una de las dos críticas esenciales dirigidas por Sternhell a Mosse, la otra concierne a la datación del fascismo. Véase a este respecto la crítica realizada por Z. STERNHELL del libro de MOSSE *The Fascist Revolution*, en *The American Historical Review*, vol. 105, 3 (2000).

hasta Kant, desde la Revolución inglesa del siglo xvii hasta la revolución americana y francesa»<sup>48</sup>. Pero su tendencia a reducir el fascismo a su ideología y a capturar su «esencia», en sentido «platónico», en un proceso intelectual aislado de su contexto social, véase hipostasiado en una especie de «arquetipo ideológico»<sup>49</sup>, presenta límites considerables, aunque diferentes, de los que se encuentran en Mosse. En efecto, la aproximación de Sternhell se caracteriza no sólo por su indiferencia hacia la mitología y el simbolismo fascistas, sino, más en general, por su rechazo sistemático de toda contribución de la historia social. El fascismo, explica a sus críticos, tiene «razones intelectuales profundas», añadiendo que, para comprenderlo, «la historia social no será de gran ayuda»<sup>50</sup>. En un conjunto de obras constantemente reeditadas y enriquecidas, Sternhell ha presentado el fascismo como una corriente ideológica aparecida en Francia a finales del siglo xix, en la época del *affaire Dreyfus*, que naturalmente desembocó en el régimen de Vichy en 1940. Esto sería el resultado de la confluencia y de la fusión de dos tradiciones políticas hasta entonces antinómicas, una de izquierdas y otra de derechas. La *derecha revolucionaria*, primera manifestación del fascismo, sería el producto de una síntesis entre corrientes de derecha que, bajo el impacto de la sociedad de masas, habrían dado a su nacionalismo una impronta populista, y corrientes de izquierda que, habiendo pasado por una revisión del marxismo y liberadas respecto de la tradición de la Ilustración, habrían tomado una orientación nacionalista. El rechazo compartido de la democracia política y del liberalismo sería la base de esta fusión sincrética entre derecha populista e izquierda nacionalista dando lugar a una nueva forma de «socialismo nacional»<sup>51</sup>. El triunfo del darwinismo social, del racismo, del conservadurismo antirrepublicano, del antiliberalismo, del antisemitismo, del elitismo antidemocrático, de la revisión antimaterialista y antirracionalista del marxismo y de una crítica de la modernidad que estimulaba una obsesión por la *decadencia*, habrían creado un sustrato favorable al nacimiento del fascismo, precedido por el boulangierismo y finalmente por el

<sup>48</sup> STERNHELL, Z.: «Le concept de fascisme», en *Naissance de l'idéologie fasciste...*, *op. cit.*, pp. 28-29.

<sup>49</sup> STERNHELL, Z.: «L'archetipo ideologico», entrevista con M. Diani y M. Nacci, *I viaggi di Erodoto*, 6 (1988), p. 89.

<sup>50</sup> STERNHELL, Z.: «Morphologie et historiographie du fascisme», *op. cit.*, p. 50.

<sup>51</sup> STERNHELL, Z.: *La droite révolutionnaire. Les origines françaises du fascisme 1885-1914*, París, Seuil, 1978 (reed. París, Folio-Gallimard, 1997).



*affaire Dreyfus*. Sus padres espirituales serían Maurice Barrès, con su síntesis de «autoritarismo, culto al líder, anticapitalismo, antisemitismo y cierto romanticismo revolucionario»<sup>52</sup>, y George Sorel, con su revisión antimaterialista del marxismo llevada a cabo gracias a Le Bon, Bergson, Nietzsche y Pareto<sup>53</sup>. La trayectoria ideológica del fascismo habría, pues, tomado forma «mucho antes de 1914» y la Francia de la Tercera República sería su verdadero «laboratorio»<sup>54</sup>. Sternhell señala a sus primeros representantes en el seno de una generación intelectual que va desde Barrès a Jules Sury, de George Valois a Sorel, la cuna de un «socialismo nacional» en el que convergen darwinismo social, sindicalismo revolucionario, socialismo revisionista, antisemitismo y nacionalismo antidreyfusiano. Alrededor, un *Zeitgeist* enmarcado por figuras como Edouard Drumont, autor de *La France juive*; Charles Maurras, fundador de Action Française; el sociólogo Gabriel Tarde; el historiador Hyppolite Taine; el psicólogo social Gustave Le Bon, y el eugenista George Vacher de Lapouge. El clima intelectual de entreguerras habría acentuado inevitablemente esta tendencia al «socialismo nacional», permitiéndole expandirse y logrando echar raíces en las masas. El paso de la izquierda socialista a la derecha nacionalista se reproduciría después de la llegada al poder de Mussolini en Italia, en los años treinta, cuando el fascismo será encarnado por figuras como el *neosocialista* Marcel Déat, el ex comunista Jacques Doriot, los fascistas *espirituales* Bertrand de Jouvenel, Thierry Maulnier y Emmanuel Mounier, el *planiste* belga Henri De Man, así como una extensa corte de escritores y *nacionalistas sociales* como Pierre Drieu La Rochelle y Robert Brasillach<sup>55</sup>.

En el curso de los años treinta, el fascismo francés se convirtió en un fenómeno político de masa. No representaba ya a pequeños

<sup>52</sup> STERNHELL, Z.: *Maurice Barrès et le nationalisme français* (1972), Bruselas, Complexe, 1985, p. 384.

<sup>53</sup> STERNHELL, Z.: «Le concept de fascisme», en *Naissance de l'idéologie fasciste...*, *op. cit.*, p. 65.

<sup>54</sup> STERNHELL, Z.: «La droite révolutionnaire. Entre les anti-Lumières et le fascisme», prefacio (1997) a la reedición de *La droite révolutionnaire...*, *op. cit.*, p. X. Esta tesis es defendida también, aunque de manera más matizada, por el historiador americano SOUCY R.: *The French Fascism. The First Wave 1924-1933*, New Haven, Yale University Press, 1986; *id.*: *The French Fascism. The Second Wave 1933-1939*, New Haven, Yale University Press, 1995. Véase su reconstrucción de la *controversia Sternhell* en el segundo volumen, pp. 8-12.

<sup>55</sup> STERNHELL, Z.: *Ni droite ni gauche...*, *op. cit.*

cenáculos intelectuales como el Círculo Proudhon, sino a partidos que agrupaban a decenas de miles de miembros como el Partido Popular Francés de Jacques Doriot y los Camisas Verdes de Henry Dorgères. En la perspectiva de Sternhell, Vichy acaba la parábola del fascismo francés como la desembocadura natural y lógica de un largo recorrido iniciado con el *affaire Dreyfus*, cuarenta años antes. La claridad con la que esta tesis es defendida en la última parte de su trilogía, *Ni droite ni gauche* (1983), revela, según ciertos comentaristas, rasgos evidentes de una aproximación «teleológica»<sup>56</sup>. Pero estas críticas no han convencido a Sternhell que, en un largo ensayo añadido a la tercera edición de su libro, reafirma su tesis: «Todos los principios que sostienen la legislación de Vichy —subraya— están presentes en el programa del nacionalismo de los años 1890»<sup>57</sup>.

El límite fundamental de la tesis de Sternhell reside, como numerosos historiadores han indicado, en su falta de historicidad. De la misma manera que Mosse, Gentile está convencido de que el fascismo necesita, para nacer, de la primera guerra mundial, su «verdadera matriz»<sup>58</sup>, la crisis de civilización sin la que la síntesis que describe Sternhell no habría nunca traspasado el estadio de algunos círculos intelectuales marginales y débiles<sup>59</sup>. Es la Gran Guerra lo que provoca el hundimiento definitivo del orden europeo nacido un siglo antes con el Congreso de Viena, pone fin a la «persistencia del Antiguo Régimen»<sup>60</sup>, reconsidera radicalmente el orden liberal y confiere al nacionalismo un carácter nuevo, mucho más agresivo, militarista, imperialista y antidemocrático. Sin esta ruptura, el nacimiento del fascismo y del nazismo no se hubiese producido jamás, como reconocieron sus propios protagonistas. De la misma manera que Ernst Jünger, quien veía en la guerra la cuna del «trabajador», el «miliciano

<sup>56</sup> Véase WOHL, R.: «French Fascism. Both Right and Left: Reflections on the Sternhell Controversy», *Journal of Modern History*, 63 (1991), pp. 91-98, especialmente p. 95. Para una reconstrucción de conjunto del debate, cfr. COSTA PINTO, A.: «Fascist Ideology Revisited: Zeev Sternhell and his Critics», *European History Quarterly*, XVI (1986), pp. 465-483.

<sup>57</sup> STERNHELL, Z.: «Morphologie et historiographie du fascisme en France», *op. cit.*, p. 46.

<sup>58</sup> GENTILE, E.: *Il fascismo...*, *op. cit.*, p. 45.

<sup>59</sup> *Ibid.*, pp. 276-278.

<sup>60</sup> MAYER, A. J.: *The Persistence of the Old Regime*, Nueva York, Pantheon Books, 1981 (*La persistencia del Antiguo Régimen. Europa hasta la Gran Guerra*, Madrid, Alianza, 1984).

del trabajo» capaz de remodelar a la sociedad en un sentido totalitario y con métodos militares, Mussolini describía, desde finales de 1917, el contacto entre nacionalismo y socialismo como un producto de la guerra, la experiencia que había engendrado un nuevo poder nacido de las trincheras (*trincerocrazia*)<sup>61</sup>. Aunque Sternhell rechace considerar «el peso y la incidencia que han tenido las bayonetas sobre el pensamiento»<sup>62</sup>, fue la guerra la que, en Italia, dio a luz al fascismo. Fue ella quien permitió la unión de una corriente socialista convertida en nacionalista (Mussolini) con el sindicalismo revolucionario (Sergio Panunzio), el nacionalismo radical (Enrico Corradini, Alfredo Rocco), el decadentismo irredentista (Gabrièle D'Annunzio), el liberalismo conservador (Giovanni Gentile) y la vanguardia convertida por su parte en belicista (los futuristas alrededor de Filippo Tommaso Marinetti). Gentile subraya que el nacionalismo anterior a 1914 no tenía como finalidad «regenerar» la civilización, mientras que, a pesar de sus tendencias nacionalistas, el sindicalismo revolucionario apuntaba a la emancipación de los productores mediante la huelga general<sup>63</sup>. No es hasta después de la ruptura de la Gran Guerra cuando esta corriente abandonó su proyecto social en nombre del nacionalismo, implicándose en una acción política en la que el movimiento obrero constituía incluso uno de los objetivos privilegiados. Mucho más que el fascismo, se podría decir, Sternhell ha ilustrado un *prefascismo* del que los elementos constitutivos no serían articulados, amalgamados y reunidos armónicamente hasta después de 1914-1918. Sobre la base de su aproximación, que privilegia la esencia ideológica del fascismo, más que sus manifestaciones históricas concretas, Sternhell da la misma importancia a los representantes del Círculo Proudhon que a los líderes fascistas de los años treinta, ya no animadores de una nebulosa grupuscular, sino dirigentes de partidos de masas. El fascismo que desestabilizó a Europa en el curso de la moderna *Guerra de los treinta años* comenzada con la crisis de 1914 se reduce así a una copia de su idea *platónica* históricamente invisible en el momento de su aparición. En resumen, Sternhell elimina las diferencias

<sup>61</sup> JÜNGER, E.: *Der Arbeiter* (1932), Stuttgart, Klett-Cotta, 1981; MUSSOLINI, B.: «Trincerocrazia» (1917), *Opera omnia*, Florencia, La Fenice, 1951, vol. X, pp. 140-143.

<sup>62</sup> GERMINARIO, F.: «Fascisme et idéologie fasciste. Problèmes historiographiques et méthodologiques dans le modèle de Sternhell», *Revue française des idées politiques*, 1 (1995), pp. 39-78, especialmente p. 63.

<sup>63</sup> GENTILE, E.: *Il fascismo...*, *op. cit.*, pp. 278-279.

que separan el prefascismo del fascismo, después el movimiento del régimen fascista, diferencias que han sido el centro de la atención de los historiadores desde hace varias décadas.

Otros críticos de Sternhell han subrayado la pertinencia limitada de su concepción del fascismo como síntesis entre dos tradiciones políticas, una procedente de la izquierda y otra de la derecha. Esta visión puede efectivamente encontrar referentes en el caso francés e italiano (con las precisiones cronológicas apuntadas) pero no puede ser generalizada. No se encuentra ninguna componente de izquierda en el origen de las dos variantes principales del fascismo en Europa como son el nazismo alemán y el franquismo español (sin tomar en consideración el caso portugués ni el de la nebulosa fascista de Europa central).

La tesis de Sternhell sobre los orígenes franceses del fascismo ha tenido un impacto fecundo, puesto que ha permitido dirigir una nueva perspectiva sobre la naturaleza y el papel del régimen de Vichy, reconsiderando la interpretación tradicional sobre la *immunidad* o la *alergia* de la derecha francesa en lo que concierne al fascismo<sup>64</sup>. Aun así, existen todos los límites a una concepción —que algunos críticos no han dudado en calificar de «galocéntrica»—<sup>65</sup> que transforma en paradigma el fascismo francés, un fascismo pese a todo marginal. Incomparablemente más débil que en otros países europeos, el fascismo francés llega al poder tarde, por un corto periodo, en virtud de una derrota y de una ocupación militar sin las que es improbable que nunca hubiese llegado, a diferencia del fascismo italiano y del nazismo alemán, a erigirse en régimen<sup>66</sup>. Un fascismo, además, cuyos rasgos habían sido durante mucho tiempo esencialmente intelectuales y cuya transformación en régimen, bajo la forma de la *revolución nacional* del mariscal Pétain, había tenido lugar al precio de un sincretismo singular con otras corrientes políticas ligadas más a la tradición conservadora, autoritaria y legitimista que a la de los fascismos europeos. Por eso el caso francés constituye, según la opinión de Robert O. Paxton, un ejemplo típico de *fracaso* del

<sup>64</sup> Cfr. BERNSTEIN, S.: «La France allergique au fascisme», *Vingtième siècle*, 2 (1984), pp. 84-94.

<sup>65</sup> GERMINARIO, F.: «Fascisme et idéologie fasciste...», *op. cit.*, p. 54.

<sup>66</sup> BURRIN, Ph.: «Le fascisme», en SIRINELLI, J.-F. (ed.): *Histoire des droites en France*, I, *Politique*, París, Gallimard, 1990, pp. 603-652, especialmente para el tema de Sternhell, pp. 613-617.

fascismo en el periodo de entreguerras. El régimen de Vichy se sitúa finalmente en la categoría de los *fascismos de ocupación*, en los que faltaba un rasgo esencial del fascismo auténtico: «una política expansionista de grandeza nacional»<sup>67</sup>.

### El fascismo: ¿revolución o contrarrevolución?

Aquello en lo que Mosse, Sternhell y Gentile coinciden es en la infravaloración de un rasgo principal del fascismo: el anticomunismo. Evidentemente ninguno de ellos ignora este aspecto, pero tampoco le atribuyen un papel decisivo. Esta actitud tiene causas diferentes. En el caso de Mosse, tiene que ver con la desvalorización de la dimensión ideológica del fascismo con respecto a sus aspectos culturales, estéticos y simbólicos. En el de Sternhell, se desprende de su interpretación del fascismo como reacción puramente antiliberal o, más precisamente, de su reducción del fascismo a una expresión moderna de la antiilustración en la que el anticomunismo no sería más que una variante. Finalmente Mosse, Sternhell y Gentile infravaloran el anticomunismo a causa de su insistencia en la naturaleza «revolucionaria» del fascismo. Sin embargo, el anticomunismo modela al fascismo desde el principio hasta el final de su trayectoria. Se trata de un anticomunismo militante, agresivo, radical, que confiere un carácter nuevo al nacionalismo y transforma su *religión civil* en guerra de cruzada contra el enemigo. Como antibolchevismo, el fascismo no parece *revolucionario*, parece más bien un fenómeno típicamente contrarrevolucionario, que toma impulso en la oleada antibolchevique que irrumpe en Europa después de 1917. La represión de la revuelta espartaquista en Berlín, de las repúblicas de los consejos obreros en Baviera y Budapest en 1919 y del *biennio rosso* italiano en 1919-1920, marcado por una oleada de huelgas y de ocupación de fábricas en el norte del país, son los momentos principales. La revolución fascista no se podía definir sino por oposición radical a la revolución comunista. Se trataba, en este sentido, de una «revolución contra la revolución»<sup>68</sup>.

<sup>67</sup> PAXTON, R. O.: *Le fascisme en action...*, *op. cit.*, p. 193.

<sup>68</sup> Véase NEOCLEOUS, M.: *Fascism*, Buckingham, Open University Press, 1997, cap. III-IV, pp. 38-74.

En el fondo, es esta dimensión contrarrevolucionaria la que constituye el tronco común de los fascismos en Europa, más allá de sus ideologías y de sus trayectos a menudo diferentes. Arno J. Mayer acierta al afirmar que «la contrarrevolución se desarrolló y alcanzó la madurez en toda Europa bajo los rasgos del fascismo»<sup>69</sup>. Es en nombre del anticomunismo por lo que el fascismo italiano, el nazismo y el franquismo convergen en un frente común en la guerra civil española. Desde numerosos puntos de vista, el anticomunismo es mucho más fuerte que el antiliberalismo en el fascismo. En Italia en 1922, como en Alemania diez años más tarde, es la convergencia entre el fascismo y las elites tradicionales, de orientación liberal y conservadora, lo que está en el origen de la *revolución legal* que permite la llegada al poder de Mussolini y Hitler. No se trata de reducir el fascismo al anticomunismo o, en la línea de Ernst Nolte, a una «copia» del comunismo, de cuyo modelo originario el fascismo habría tomado prestada su estrategia y prácticas<sup>70</sup>. El fascismo trata de articular en un sistema coherente ciertos elementos ideológicos nacidos antes de la revolución rusa de 1917 y no hay duda de que su anticomunismo se injerta en el tronco de la antiilustración. Pero el anticomunismo se vuelve indispensable para amalgamar estos elementos diferentes y sobre todo para transformar una ideología en política y una visión del mundo en un programa de acción. Dicho de otra forma, el fascismo no existiría sin el anticomunismo, aunque no se reduzca a este último.

Es en el fondo el propio concepto de *revolución fascista*, muy utilizado por nuestros tres historiadores, a menudo en el título de sus trabajos, lo que plantea un mayor interrogante. Si tienen razón al destacar las debilidades de las interpretaciones marxistas tradicionales del fascismo, se equivocan al ignorarlas completamente, puesto que éstas les habrían podido ayudar a percibir el impacto real de la *revolución fascista*. Ésta, como Mosse y Gentile advierten acertadamente siguiendo a De Felice, fue impulsada por un movimiento

<sup>69</sup> MAYER, A. J.: *The Furies. Violence and Terror in the French and Russian Revolutions*, Princeton, Princeton University Press, 2000, p. 67.

<sup>70</sup> Véase NOLTE, E.: *Der europäische Bürgerkrieg. Nationalsozialismus und Bolschewismus 1917-1945*, Berlín, Frankfurt am Main, Propyläen-Ullstein, 1987 (*La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalsocialismo y bolchevismo*, México, FCE, 1996). Esta tesis estaba ya presente en la primera obra de Nolte, en una aproximación más matizada que incluía en el fascismo a Action Française (*Der Faschismus in seiner Epoche*, Múnich, Piper, 1966).

en el que el núcleo social estaba constituido por las capas medias emergentes (en Italia) o en vías de proletarización (en Alemania), un movimiento dirigido por los líderes plebeyos que no obtuvieron el apoyo de las elites dominantes hasta el momento de su ascenso al poder. Los fascismos instauraron, por tanto, regímenes nuevos, destruyendo el Estado de Derecho, el parlamentarismo y la democracia liberal, pero, a excepción de la España franquista, tomaron el poder por vías legales y nunca alteraron la estructura económica de la sociedad. A diferencia de las revoluciones comunistas que modificaron radicalmente las formas de propiedad, los fascismos siempre integraron en su sistema de poder a las antiguas elites económicas, administrativas y militares. Dicho de otra manera, el nacimiento de los regímenes fascistas implica siempre un cierto grado de «ósmosis» entre fascismo, autoritarismo y conservadurismo. Ningún movimiento fascista llegó al poder sin el apoyo, aunque sólo fuese tardío y resignado, por falta de soluciones alternativas, de las elites tradicionales<sup>71</sup>. Esto se dio en el plano social y político, pero también, en gran medida, en el plano ideológico, si se piensa en la coexistencia de Mussolini y del liberal conservador Giovanni Gentile en el fascismo italiano, de Joseph Goebbels y Carl Schmitt en el nazismo o de los carlistas y falangistas en el primer franquismo. Cuando se habla de *revolución* fascista, se deberían siempre poner grandes comillas, si no corremos el riesgo de ser deslumbrados por el lenguaje y la estética del propio fascismo, incapacitándonos para guardar la necesaria distancia crítica. Philippe Burrin dio en el blanco al definir el fascismo como una «revolución sin revolucionarios»<sup>72</sup>.

La insistencia en esta matriz *revolucionaria* del fascismo conduce a nuestros historiadores a infravalorar, enténdase negar, la presencia de una componente conservadora en el seno del fascismo. Los tres insisten en su dimensión moderna, en su voluntad de erigir una «civilización nueva» y en su carácter totalitario, olvidando un poco demasiado pronto que el conservadurismo acompaña a la modernidad, siendo una de sus caras, y que incluso la ideología de la contrarrevolución clásica —la de Joseph de Maistre, como demostró Isaiah Berlin en un brillante ensayo— prefiguraba ciertos rasgos del fas-

<sup>71</sup> PAXTON, R. O.: *Le fascisme en action...*, *op. cit.*, pp. 246-247.

<sup>72</sup> BURRIN, Ph.: «Le fascisme: la révolution sans révolutionnaires», *Le Débat*, 38 (1986).

cismo<sup>73</sup>. Para Mosse —sus coincidencias con Jacob L. Talmon se acaban ahí—, el fascismo es totalitario en la medida en que proviene de la Ilustración y del jacobinismo. Para Sternhell, es totalitario en tanto que crítica moderna de la Ilustración, que apunta a regenerar la comunidad nacional<sup>74</sup>. Para Gentile, en tanto que proyecto de reorganización nacionalista y de modernización de la sociedad, fundado sobre el culto a la técnica y sobre el mito del hombre nuevo; una concepción que hará de la ideología fascista «la racionalización más completa del Estado totalitario»<sup>75</sup>. Focalizándose en la ideología, esta aproximación está aún lejos de restituir adecuadamente la complejidad de la relación mantenida por el fascismo con el conservadurismo. Otros historiadores, más preocupados por conducir la edificación de la fachada ideológica y propagandista del régimen a su contexto social y político más general, hablaron contrariamente de «fracaso de las ambiciones totalitarias del fascismo»<sup>76</sup>. Subrayaron así, para el caso italiano, la burocratización y estabilización conservadora del régimen durante los años treinta, cuando el partido fascista estaba prácticamente absorbido por el aparato del Estado (a la inversa de lo que se produce en Alemania)<sup>77</sup>. El modernismo acuñado y reivindicado por el nazismo alemán y por el fascismo italiano no impidió a estos dos regímenes atraerse a las corrientes conservadoras en el momento de su instalación, ni integrar a los pilares del conservadurismo en su sistema de poder. Es por un espíritu o preocupación conservadora, no por adhesión profunda a su visión del mundo y a su proyecto de purificación y de dominación radical,

<sup>73</sup> BERLIN, I.: «Joseph de Maistre and the Origins of Fascism», *The Crooked Timber of Humanity. Chapters in the History of Ideas*, Londres, John Murray, 1990 (*Contra la corriente. Ensayos sobre historia de las ideas*, México, FCE, 1983).

<sup>74</sup> STERNHELL, Z.: «Fascism», en GRIFFIN, R. (ed.): *International Fascism. Theories, Causes and the New Consensus*, Londres, Arnold, 1998, p. 34.

<sup>75</sup> GENTILE, E.: *Il fascismo...*, *op. cit.*, p. 272. Sobre el proceso de construcción jurídica y política del estado totalitario en Italia, véase especialmente GENTILE, E.: *La via italiana al totalitarismo. Il partito e lo Stato nel regime fascista*, Roma, La Nuova Italia Scientifica, 1995.

<sup>76</sup> TRANFAGLIA, N.: *La prima guerra mondiale e il fascismo*, Turín, UTET, 1995, p. 635. Esta constatación ya había sido avanzada por ACQUARONE, A.: *L'organizzazione dello Stato totalitario*, Turín, Einaudi, 1965; así como por DE FELICE, R.: *Mussolini il Duce*, II, *Lo Stato totalitario 1936-1940*, Turín, Einaudi, 1981, cap. I, pp. 3-155. Sobre las vacilaciones en la aproximación de De Felice a la cuestión de la naturaleza del totalitarismo fascista, cfr. GENTILE, E.: *Renzo De Felice...*, *op. cit.*, pp. 104-111.

<sup>77</sup> DE FELICE, R.: «Introduzione», *Le interpretazioni del fascismo...*, *op. cit.*, p. XVI.



por lo que las elites económicas y el ejército alemán apoyan al régimen de Hitler, convirtiéndose en componentes indispensables de su *policracia*<sup>78</sup>. Y es tomando conciencia de la necesidad para consolidar su poder, de obtener el apoyo de las fuerzas conservadoras esenciales de la sociedad italiana, como Mussolini acepta primero erigir su régimen a la sombra de la monarquía de Víctor Manuel III y decide seguidamente lograr un compromiso con la Iglesia católica<sup>79</sup>. Esto es más claro para el caso francés, en el centro del análisis de Sternhell. A pesar de sus rasgos fascistas, el régimen de Vichy sigue anclado a un proyecto restaurador, autoritario y tradicionalista, el de la *revolución nacional* que, señala Robert O. Paxton, «se sitúa manifiestamente más cerca del conservadurismo que del fascismo»<sup>80</sup>. Todo el nacionalismo y la extrema derecha franceses, desde el conservadurismo maurrasiano hasta el fascismo, convergen, gracias a un rechazo compartido del parlamentarismo, en el régimen de Vichy, caracterizándolo como una mezcla de conservadurismo y de fascismo<sup>81</sup>. Representativo desde este punto de vista es el caso español, ignorado por nuestros tres historiadores. En España, dos ejes coexisten en el seno del franquismo: por un lado, el nacionalcatolicismo, la ideología conservadora de las elites tradicionales, desde la gran propiedad territorial hasta la Iglesia; por otro, un nacionalismo de orientación explícitamente fascista —secular, modernista, imperialista, «revolucionario» y totalitario— encarnado por Falange. El primero no está fascinado por el mito de una «civilización nueva», ya que quiere restaurar una grandeza española proyectada no en el futuro sino en el pasado, en el Siglo de Oro. El segundo desea erigir un Estado fascista moderno y poderoso, integrado en una Europa totalitaria al lado de Italia y Alemania, premisa de su expansión imperialista en África y América Latina. Franco juega un papel de

<sup>78</sup> Véase NEUMANN, F.: *Behemoth. The Structure and Practice of National-Socialism*, Nueva York, Oxford University Press, 1942. El papel de las elites conservadoras en el ascenso al poder de Hitler ha sido destacado por KERSHAW, I.: *Hitler. 1889-1936: Hubris*, Londres, Allen Lane, pp. 377-428 (*Hitler, 1936-1945*, Barcelona, Península, 2000).

<sup>79</sup> Para una aplicación del modelo de policracia en el caso italiano, cfr. TRANFAGLIA, N.: *La prima guerra mondiale e il fascismo*, Turín, UTET, 1995, p. 498.

<sup>80</sup> PAXTON, R. O.: *Vichy. Old Guard and New Order 1940-1944*, Nueva York, 1972.

<sup>81</sup> Véase la introducción a WINOCK, M. (ed.): *Histoire de l'extrême droite en France*, París, Seuil, 1993, pp. 11-12.

mediador entre los dos durante la guerra civil y los primeros años de su régimen, que reorganiza posteriormente a partir de 1943, cuando la derrota de las fuerzas del Eje se perfila en Europa, sobre bases claramente nacionalcatólicas. Algunos historiadores hacen de este viraje el punto de partida de una «catolización» de Falange y de una «desfascistización» del franquismo<sup>82</sup>. Conflictos entre autoritarismo conservador y fascismo se produjeron evidentemente en el curso de los años treinta y cuarenta, como lo prueban la caída de Dollfus en Austria, en 1934, la eliminación de la Guardia de Hierro rumana por el general Antonescu, en 1941, o la crisis entre el régimen nazi y una gran parte de la elite militar prusiana revelada por el atentado contra Hitler, en 1944. Pero estos conflictos no eclipsan los momentos de coincidencia recordados más arriba.

Queda el problema de la violencia, relegado a un segundo plano por las tres interpretaciones del fascismo incardinadas en la ideología, las representaciones o la cultura. Nuestros tres autores subrayan la importancia del militarismo y del imperialismo, del culto vitalista del combate y del nacionalismo guerrero en el seno del fascismo. Mosse ha dedicado sus estudios al triunfo del antisemitismo *völkisch*, aclarando así una de las premisas ideológicas de la *solución final*. Con su análisis de la Gran Guerra, al remarcar como consecuencia capital la familiarización de las sociedades europeas con la masacre industrial, percibió una de las claves para explicar la violencia nazi en el segundo conflicto mundial. Pero estas intuiciones no se integran en su definición del fascismo, que queda limitada a su base cultural, mítica y simbólica. En cuanto a Gentile, ha destacado la importancia de la creación del *Imperio* para el perfeccionamiento del Estado totalitario italiano, sin interrogarse sobre el nexo existente entre la ideología y las prácticas del régimen. Contrariamente, el problema es evitado por Sternhell quien, haciendo del nacionalismo francés de finales del siglo XIX la versión ideal del fascismo, excluye la violencia de sus elementos constitutivos (o la reduce implícitamente a un epifenómeno resultante de manera natural e inmediata de la ideología). Ninguno de los tres reconoce que la violencia sea un rasgo consustancial al fascismo, desarrollada en forma de represión de masa, de sistema concentracionario o de práctica exterminadora. Se trata, sin embargo, de un aspecto macroscópico, muy presente en la con-

<sup>82</sup> SAZ CAMPOS, I.: *España contra España...*, op. cit., p. 369.

ciencia histórica y en la memoria colectiva de las sociedades europeas. ¿Se puede obviar la violencia en la definición del fascismo italiano, en la que la narración histórica está encuadrada en dos guerras civiles, la primera latente (1922-1925) y la otra particularmente mortífera (1943-1945), con una guerra colonial en medio que tomó rápidamente los rasgos de un genocidio (1935)?<sup>83</sup> ¿Se puede ignorar la violencia en el caso del nazismo, régimen carismático que conoció un proceso de radicalización permanente desde su nacimiento hasta su caída, en una apoteosis de terror y de exterminación?<sup>84</sup> ¿Se puede soslayar la violencia en la definición del franquismo, nacido de una guerra civil terriblemente sangrienta, seguida de una represión sistemática marcada, durante seis años, por decenas de miles de ejecuciones, a menudo extralegales, y por la creación de un sistema muy extendido de campos de trabajo forzoso?<sup>85</sup>

Aun así, la violencia nunca está en el centro de la reflexión de Mosse. Su antiguo discípulo, Steven E. Aschheim, tiene sin duda razón al precisar que, para el historiador americano los campos de exterminio no eran en el fondo más que un aspecto «técnico» del nazismo, mientras que toda su obra se esfuerza por comprender el sustrato cultural y mental de la violencia nazi<sup>86</sup>. Entre la ideología,

<sup>83</sup> Véase, por ejemplo, DEL BOCA, A. (ed.): *I gas di Mussolini. Il fascismo e la guerra d'Etiopia*, Roma, Editori Riuniti, 1996. Sobre el genocidio en Etiopía, MILZA, P.: *Mussolini*, París, Fayard, 1999, pp. 672-673; LABANCA, N.: «Il razzismo coloniale italiano», en BURGIO, A. (ed.): *In nome della razza. Il razzismo nella storia d'Italia 1870-1945*, Bologna, Il Mulino, 1998, pp. 145-163. Sobre el olvido historiográfico de la violencia del fascismo italiano, BEN-GHIAT, R.: «A Lesser Evil? Italian Fascism in/and the Totalitarian Equation», en DUBIEL, H., y MOTZKIN, G. (eds.): *The Lesser Evil: Moral Approaches to Genocide Practices in a Comparative Perspective*, Frank Cass, 2004; FOCARDI, F.: «"Bravo italiano" e "cattivo tedesco": riflessioni sulla genesi di due immagini incrociate», *Storia e memoria*, 1 (1996), pp. 55-83. Contrariamente, la violencia del fascismo ocupa un lugar muy limitado en la gigantesca biografía de Mussolini realizada por Renzo De Felice.

<sup>84</sup> La dimensión violenta del nazismo no necesita ser remarcada. Para una síntesis, BÉDARIDA, F. (ed.): *La politique nazie d'extermination*, París, Albin Michel, 1989. El estudio clásico sobre el Holocausto, HILBERG, R.: *The destruction of the European Jews*, 3 vols., Nueva York, Holmes & Meier, 1985. Véase también TRAVERSO, E.: *La violence nazie. Une généalogie historique*, París, La fabrique, 2002.

<sup>85</sup> Véase CASANOVA, J. (ed.): *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*, Barcelona, Crítica, 2002; MOLINERO, C.; SALA, M., y SOBREQUÉS, J. (eds.): *Una inmensa prisión. Los campos de concentración y las prisiones durante la guerra civil y el franquismo*, Barcelona, Crítica, 2003.

<sup>86</sup> ASCHHEIM, S. E.: «Introduction», en *What History Tells...*, op. cit., p. 6.

la cultura y la política de exterminio queda, sin embargo, una laguna que sus trabajos nunca han tratado de resolver. En su última obra, Mosse parece reducir la comparación en el plano de la violencia entre fascismo y nazismo al carácter «más humano» del dictador italiano en relación con su homólogo alemán<sup>87</sup>. A diferencia de su maestro De Felice, que destacaba la exclusión de la Italia fascista del «costado oscuro» del Holocausto<sup>88</sup>, Gentile evita este tipo de comparaciones que, en el caso de un italiano, arriesgan a tomar una connotación apologética. Éste destaca lúcidamente la incapacidad de Mosse para prestar atención a la «militarización de la política»<sup>89</sup> como uno de los elementos constitutivos del fascismo. Sin embargo, en sus propios trabajos no parece interesarse mucho por la violencia del fascismo italiano.

Interpretar el fascismo *desde el interior*, partiendo del lenguaje, de la cultura, de las creencias, de los símbolos y de los mitos de sus protagonistas, ayuda a comprender aspectos esenciales de esta experiencia histórica. Una mirada exterior que, rechazando a priori toda empatía entre el historiador y su objeto de estudio, reemplace el esfuerzo de comprensión por un juicio ético-político, está condenada a no aprehender la naturaleza del fascismo. Es la convicción que ha conducido a De Felice, Mosse y Gentile a rechazar la interpretación antifascista del fascismo. Los resultados de esta aproximación fueron contradictorios, con intuiciones innovadoras y percepciones increíblemente obtusas. Reduciendo el fascismo a su cultura y a su imaginario, su violencia se vuelve simbólica. Para alcanzar la importancia real de la violencia fascista es necesario adoptar otro tipo de empatía, dirigida esta vez hacia sus víctimas. No es necesario apuntar que esto implica la adopción de una postura epistemológica ligada a la tradición antifascista. El carácter a menudo ideológico de esta tradición y el haber sido fuente de abusos en el pasado, cuando indudablemente se reemplazó el análisis histórico por el juicio moral, no ponen por eso en duda la pertinencia de un gran número de estudios que de ésta se desprenden.

Sternhell, por su parte, se limita a incidir en una brecha ideológica. Bajo su punto de vista, «el fascismo no debería ser identificado bajo

<sup>87</sup> MOSSE, G. L.: *The Fascist Revolution...*, op. cit., pp. 40-41.

<sup>88</sup> Véase la entrevista a Renzo De Felice en JACOBELLI, J. (ed.): *Il fascismo e gli storici oggi*, Roma-Bari, Laterza, 1988, p. 6.

<sup>89</sup> GENTILE, E.: «A Provisional Dwelling», *What History Tells...*, op. cit., p. 102.

ningún concepto con el nazismo», fundado sobre el determinismo biológico. Los dos presentan obviamente rasgos comunes, pero se separan en este punto decisivo. El racismo biológico está incuestionablemente presente en el fascismo francés, pero es sólo con el nazismo con quien se convierte en «el alfa y el omega de una ideología, de un movimiento y de un régimen»<sup>90</sup>. Con esta idea, Sternhell se aproxima a De Felice, que siempre insistió en los orígenes revolucionarios y de izquierda del fascismo italiano, opuestos a los románticos y reaccionarios del nazismo. En la línea de Jacob Talmon, De Felice vio el fascismo y el nazismo como dos formas distintas de totalitarismo, uno de izquierda y otro de derecha, uno resultante del jacobinismo y otro del racismo<sup>91</sup>. Esta apreciación de Sternhell se inscribe en una visión de conjunto bastante problemática. Por un lado, permite comprender la singularidad histórica del antisemitismo nazi, ligada a una visión del mundo fundada sobre la biología racial y que desemboca en una práctica de exterminio industrial que se convierte en su característica exclusiva. Por otra parte, ese punto de vista niega contra toda evidencia la pertenencia del nazismo a la familia política de los fascismos, una estirpe europea que ha conocido diversas variantes, que indiscutiblemente no excluye la especificidad de cada régimen, pero que constituye, sin embargo, su matriz común. En la Europa de los años treinta, el fascismo se dibujaba en principio como un «campo magnético» en cuyo ámbito se inscribían intelectuales, movimientos, partidos y regímenes<sup>92</sup>. Cada uno aportaba sus propias tradiciones nacionales y dosificaba a voluntad la mezcla entre conservadurismo y modernidad, revolución y contrarrevolución, nacionalismo e imperialismo, antisemitismo y racismo, antiliberalismo y anticomunismo que está en el seno de toda forma de fascismo; cada uno elaboraba sus mitos y símbolos, cada uno los traducía, asimismo, en prácticas políticas. El resultado no era siempre conforme al tipo ideal del fascismo, pero la tendencia a la *fascistización*, según la expresión de Ismael Saz Campos, era evidente<sup>93</sup>. Y uno

<sup>90</sup> STERNHELL, Z.: «Le concept de fascisme», en *Naissance de l'idéologie fasciste...*, *op. cit.*, pp. 19-20.

<sup>91</sup> DE FELICE, R.: *Intervista sul fascismo* (1975), Roma-Bari, Laterza, 2001, pp. 105-106.

<sup>92</sup> BURRIN, Ph.: «Le champ magnétique des fascismes», en *Fascisme, nazisme, autoritarisme*, París, Seuil, 2000, pp. 211-246.

<sup>93</sup> SAZ CAMPOS, I.: *Fascismo y franquismo*, València, Publicacions de la Universitat de València, 2004, pp. 82-86.

de los rasgos de esta fascistización (Sternhell hablaría de «impregnación» fascista) resulta ser el recurso a la violencia.

### Interpretación del fascismo y uso público de la historia

Es este el momento de cambiar de enfoque. Si dejamos de lado las interpretaciones del fascismo y procedemos al análisis de su impacto en la conciencia histórica y en la memoria colectiva de los países cuya recepción ha sido más importante, la situación cambia de color. Mosse desbrozó el camino y la historiografía actual reconoce hoy unánimemente su papel de pionero. Sus estudios contribuyeron al impulso de la memoria del Holocausto en el mundo occidental y fueron recibidos como un esfuerzo indispensable para comprender el nazismo, su cultura, así como el sustrato histórico de sus crímenes. Su situación de intelectual judío alemán exiliado no daba pie a proyectar ninguna ambigüedad sobre el significado de sus esfuerzos de comprensión del fascismo *desde el interior*, procediendo por *empatía*. Como afirmaba con ocasión de una entrevista, poco antes de su muerte, el Holocausto reconsideró la cultura europea en su conjunto; esto es por lo que añadía que «todas mis obras tocan de una manera o de otra la catástrofe judía de mi época»<sup>94</sup>.

Su defensa de la campaña «anti-antifascista» de De Felice y de sus discípulos, sin embargo, presenta algunas ambigüedades. En Italia, la renovación de los paradigmas interpretativos del fascismo se inscribió en un contexto cultural y político marcado por la reconsideración de la legitimidad ética y política del antifascismo. Los estudios incardinados en la dimensión cultural y simbólica del fascismo acompañaron su despolitización en tanto que objeto de memoria, contribuyendo a neutralizar sus posturas conflictivas. Fue al calor de la reivindicación neopositivista de un estudio *científico* y despolitizado de la historia del fascismo como se produjo en Italia, con la bendición de la derecha y de los medios de comunicación, la *reconciliación* de la nación con su pasado. La frontera entre comprensión y legitimación se desdibujó poco a poco. La liturgia del fascismo fue inscrita en el patrimonio nacional, mientras que el antifascismo fue descalificado como acción de una minoría. El fascismo

<sup>94</sup> *Cit.* en ASCHHEIM, S. E.: «George L. Mosse at 80», *op. cit.*, p. 301.

encarnaría así la memoria nacional mientras que el antifascismo, nacido después del 8 de septiembre de 1943, sería un producto de la «muerte de la patria»<sup>95</sup>. En la vulgarización mediática —que no debemos confundir con la obra de De Felice, aunque éste la haya estimulado—<sup>96</sup>, la violencia del fascismo fue puesta entre paréntesis, borrando del mapa sus actuaciones genocidas en África y minimizando su complicidad con la política exterminadora del nazismo. La violencia de la República de Saló fue separada de la historia del fascismo y relativizada en el contexto de la guerra civil italiana de los años 1943-1945. Ésta se explicaría como reacción a la violencia antifascista (calificada, según las preferencias, de comunista, totalitaria o anti-nacional). En Italia, De Felice ha reconciliado a Mosse con Nolte<sup>97</sup>. Es en este contexto en el que se inscribe la recepción de la obra de Gentile. Original e innovador, su estudio de la cultura fascista, con sus mitos y sus símbolos, resulta probablemente tan unilateral como las interpretaciones antifascistas del fascismo dominantes en los años de posguerra y que se propone ahora superar. Para comprender el fascismo no basta con estudiar sus *autorrepresentaciones*, igual que no es suficiente con reducirlo a la imagen que de él daban sus enemigos. Como sus críticos han reprochado, un método consistente en privilegiar la *literalidad* del discurso fascista tiene a menudo el peligro de caer en la trampa de «no darse cuenta de la diferencia que existe entre las palabras y los hechos», identificando a la sociedad con el régimen y a este último con su fachada exterior<sup>98</sup>.

Los trabajos de Sternhell han causado efectos muy distintos en Francia, donde han agitado de manera muy saludable el antiguo consenso historiográfico sobre la inexistencia de un fascismo francés,

<sup>95</sup> DE FELICE, R.: *Mussolini l'alleato. La guerra civile 1943-1945*, Turín, Einaudi, 1997, pp. 86-87. Véase también GALLI DELLA LOGGIA, E.: *La morte della patria*, Roma-Bari, Laterza, 1996.

<sup>96</sup> SANTOMASSIMO, G.: «Il ruolo di Renzo De Felice», en COLLOTTI, E.: *Fascismo e antifascismo, op. cit.*, pp. 415-432, especialmente p. 428; TRANFAGLIA, N.: *Un passato scomodo. Fascismo e postfascismo*, Roma-Bari, Laterza, 1996, p. 98.

<sup>97</sup> Véase POGGIO, P. P.: «La ricezione di Nolte in Italia», en COLLOTTI, E. (ed.): *Fascismo e antifascismo. Rimozioni, revisioni, negazioni*, Roma-Bari, Laterza, 2000, pp. 317-414.

<sup>98</sup> BOSWORTH, R. J. B.: *The Italian Dictatorship. Problems and Perspectives in the Interpretation of Mussolini and Fascism*, Londres, Arnold, 1998, p. 21. Según Bosworth, la escuela historiográfica italiana de De Felice habría realizado una conexión paradójica entre una concepción «neorankeana» de la investigación histórica y la visión pos-modernista de la historia como simple narración discursiva (p. 26).

dando lugar a uno de los estímulos más significativos para el despertar del «síndrome» de Vichy<sup>99</sup>. Hasta mediados de los setenta, la tesis de René Rémond sobre la inmunidad francesa al fascismo —considerado como un fenómeno extraño a las tres tradiciones de la derecha nacional (legitimista, orleanista y bonapartista)—<sup>100</sup> había conducido al olvido de Vichy. Junto con otros historiadores, desde Robert O. Paxton y Michael Marrus hasta Gérard Noiriel, cuyas investigaciones han aclarado los rasgos fascizantes del régimen de Vichy, su antisemitismo y especialmente su complicidad con la política nazi de exterminio de los judíos de Europa<sup>101</sup>, Sternhell reabrió el debate. Mostró que, lejos de ser un simple incidente debido a la derrota y ocupación alemana, el régimen de Vichy era el producto de una historia muy francesa, en la que convergían varias corrientes de pensamiento arraigadas en la cultura francesa desde hacía casi medio siglo. La tesis de Sternhell marcó un punto de inflexión y es hoy una referencia ineludible en el debate historiográfico. Esta discusión está lejos de estar agotada, pero la visión tradicional de una cultura francesa «alérgica» al fascismo ha sido abandonada gradualmente y, aunque la idea de un origen francés del fascismo sigue siendo muy controvertida, el reconocimiento de la existencia de un fascismo francés es actualmente casi unánime.

<sup>99</sup> ROUSSO, H.: *Le syndrome de Vichy de 1944 à nos jours*, París, Seuil, 1990.

<sup>100</sup> RÉMOND, R.: *Les droites en France*, París, Aubier, 1982 (1.<sup>a</sup> ed., 1954). El debate es retomado por DOBRY, M.: «La thèse immunitaire face aux fascismes. Pour une critique de la logique classificatoire», en DOBRY, M. (ed.): *Le mythe de l'allergie française au fascisme*, París, Albin Michel, 2003, pp. 17-67.

<sup>101</sup> MARRUS, M. R., y PAXTON, R. O.: *Vichy et les juifs*, París, Calmann-Lévy, 1981.